

No sacrificar la democracia

La resaca de los graves acontecimientos del lunes y martes pasados está produciendo dos efectos complementarios: temor a que el golpismo haya entrado en una fase conspiratoria secreta y activa, casi se diría que de despachos, y «sensu contrario», tendencia a la sacralización de la democracia.

Tanto el golpismo como la sacralización democrática son residuos del siglo XIX. Uno y otra deben quedar categóricamente descalificados. El primero, lo ha sido ya con admirable fidelidad a la Constitución y serena energía por el Rey, apoyado en la lealtad de altos mandos militares e imponiendo a otros la obediencia. Así salvaba Don Juan Carlos al mismo tiempo la libertad, la Constitución y la Corona.

La segunda corre el peligro de ser sacralizada. Y es importante decir que no, que la democracia no es sagrada. Los siglos han cargado a este término de ambigüedad. En la democracia ateniense la democracia tenía más de «kratos», poder, que de «demos», pueblo. Hoy diríamos que era una democracia autoritaria. Lo que necesitamos en España no es ni una democracia sacralizada, ni una democracia autoritaria. Es, sencillamente, una democracia con autoridad.

El miércoles, la sesión de investidura ha demostrado que muchos diputados, o sea muchos delegados del «demos», no lo entienden. El aplauso total y prolongado al teniente general Gutiérrez Mellado fue el reconocimiento al ejemplar valor cívico de un militar ejemplar. Fue también, por transferencia, el

aplauso a un Ejército respetuoso de la Corona y de la democrática supremacía del Poder civil, basado en la Constitución. Pero resulta evidente que para algunos grupos parlamentarios y para sus portavoces, el dramatismo del golpe del lunes no ha constituido una lección. No han entendido que si el golpe es inadmisibles e injustificable, uno de sus motores ha sido el penoso espectáculo de unos grupos políticos olvidados del interés de España, obstinados en sus particulares intereses e ideologías. Y, peor aún, entregados al vergonzoso placer, en este último Pleno cultivado con astutada precaución, de lo que Suárez acertadamente llamó «descalificaciones globales» en su sereno mensaje de dimisión, en el fondo del cual latía algo que ahora ya puede decirse, tenía este nombre: asco.

El sentido político, si esos politicastros lo tuvieran, les habría aconsejado votar sí, como un solo hombre, a la investidura del candidato. Era, hubiera sido, la respuesta de la democracia, al golpe. Insistir cicateramente en las descalificaciones o las impaciencias era enviar un mensaje confortador a los golpistas.

Los programas podían esperar en ese Pleno. Había que establecer la profunda unidad del sistema democrático, sin sacralizar la democracia. Porque ésta no ha de ser sistema de unanimidades, pero tampoco puede ser juego de tiquismiquis. Unanimidad un día, para hacer respetables las futuras y necesarias discrepancias. No han sabido, porque no saben todavía hacer la democracia.—Lorenzo LOPEZ SANCHO